

DOMINGO 1º. DE CUARESMA, Ciclo C

TRES ESPECTACULARES TRIUNFOS DE CRISTO



Al llegar a la cuaresma se me ocurre pensar en algo tonto pero que experimenté hace muchos años en mis caminatas matinales, veía el cuidado con que los hombres tratan a su automóvil, los cuidados que le dedican, el tiempo que invierten en su limpieza y la tristeza que les causa algún desperfecto provocado, el dinero que invierten en mantenerlo en buenas condiciones y la rapidez con la que se desprenden de él, cuando la oportunidad se presenta de cambiar de modelo. Veía esos cuidados matinales de los hombres, pero no oía que así trataran a su mujer a la que le gritaban desde fuera: “vieja... ya es la hora... ya me voy...” sin ninguna consideración. Y me preguntaba cómo es posible que dediquen tanto tiempo, dinero y esfuerzo para un objeto y no tratemos con delicadeza a la mujer que es la compañera y la que dependen tantas cosas para que todo marche bien en el hogar.

Esto me sirve para poner sobre la mesa el inicio de la cuaresma: si el cuidado, el tiempo y el dinero que le dedicamos al auto lo invirtiéramos una vez al año en ver a nuestro interior, a limpiar el polvo o el barro que se acumula en el camino y si cambiáramos las piezas que se han desgastado en el camino... otra sería la situación de nuestra humanidad.

Y así a boca de jarro en este primer domingo de cuaresma nos encontramos con Cristo, que de la misma manera que el auto se somete periódicamente a revisión, quiso por voluntad del Espíritu Santo, someterse a aquella prueba terrible “habitando” durante cuarenta días en pleno desierto, que no significa arenas y sol candente, sino una serie de montañas agresivas e inhabitables que acabaron de forjar su temperamento para prepararlo a aquellos años en los que el trabajo y su entrega a la misión que traía de parte del Padre Dios, llegaría a poner a prueba al más recio y más forjado de los hombres. Y más que aquella soledad a la que se vio sometido, fue la compañía de alguien sumamente molesto e inquietante para él: el demonio, criatura infernal que se atrevía a acercarse a él como en un test o en una prueba de su fidelidad al Padre, e intentando apartarlo para que probara sus fuerza y desviara su camino de amor y de agrado al Buen Padre Dios. Será algo que nosotros no podremos comprender en toda su intensidad, lo mismo que no logramos entender la profundidad y la amargura que lleva aparejado un solo pecado que significa un apartarse de la línea fijada por el Señor, pretendiendo que nuestro propio camino nos producirá más fruto, más intereses y más felicidad.

Hablamos pues de tres tentaciones que lejos de apartar a Cristo de su camino de entrega y de fidelidad, lo curtieron para estar al servicio de la humanidad y mostrarnos que si él triunfó, también nosotros podremos ante la tentación, que siempre llegará, y en el momento en que menos nos pensemos. A veces las gentes se sorprenden: “porqué esta tentación si yo ya estoy tan viejo...”

La primera tentación ocurre al final de aquellos cuarenta días que tienen un gran simbolismo si conocemos un poco de la historia del pueblo de Israel. Cristo tenía hambre, y así el demonio le pide que aproveche la oportunidad, que no se desmande y que convierta las piedras de las muchas que le rodeaban en un succulento pan que saciaría maravillosamente su hambre y su sed. Pero lejos de hacerlo, ya en lontananza veía el momento de que su propio Cuerpo quedaría convertido en alimento para los pobres mortales que no tendrían otro alimento sino el suyo para sentirse satisfechos por aquella muestra de bondad que el Padre les concedía, luego que su Hijo se hizo hombre para habitar entre ellos. Esa será, pues, para los hombres, la primera tentación, la de saciar su hambre y lo que divide a la humanidad entre los que tienen y los que no tienen algo para llevarse a la boca. Un ejemplo clarísimo de ese ímpetu insaciable de llevar a su boca lo han dado las gentes que desesperadas buscaban los víveres que de distintas naciones les llevaban a Venezuela y que veían con tristeza, con desilusión que los transportes eran quemados antes de que ellos pudieran tener algo siquiera en sus manos.

Luego el demonio llevó a Jesús a lo alto y le mostró todos los reinos de la tierra, y con una gran mentira, pretendiendo que todos eran de él, le pidió que lo adorara para poder disfrutar de sus delicias. Por supuesto que Jesús no accede, pues sabe que al único que le debemos adoración es al Buen Padre Dios que da las riquezas pero no como un caramelo que será única y exclusivamente para uso personal, sino para ser administradas para todos los

hombres de manera que efectivamente las riquezas estén a disposición de todos ellos. Y hay que decir que los hombres por poco menos que lo que el demonio proponía, están dispuestos a arrodillarse una y mil veces aunque eso signifique su propia perdición y su ruina. ¿Queréis un ejemplo? Pienso en esas gentes en los meses pasados que al ver que el ducto de Pemex lanzaba chorros de gasolina, pretendieron tomar en cualquier recipiente a la mano todo el líquido que podían y hasta bañarse si fuera posible en aquél material que al final causó quemadura y la muerte misma a los que quisieron aprovecharse imprudentemente de la situación.

Finalmente en esa competencia iniciada entre el demonio y Cristo, aquél lo llevo a la parte más alta del templo de Jerusalén que para los judíos era la parte más sagrada de su vida y le pidió que en un acto de espectacularidad, se arrojara desde las alturas para mostrar que verdaderamente él era el Hijo de Dios, pues legiones de ángeles vendrían en su ayuda y no le dejarían que sus pies tocaran siquiera el suelo en su caída. Y de nueva cuenta Cristo se mostró muy dueño de sí, y la respuesta fue rotunda y tajante: “No tentarás al Señor tu Dios”.

De hecho esa es la tónica de los hombres de hoy, les gustan las cosas espectaculares, corren como hordas salvajes a los estadios por ver a su equipo favorito o al jugador que más goles ha metido y ahí gritan y se desgañitan, visten la camiseta del equipo y son capaces de golpear o incluso de matar a los del equipo contrario a la menor provocación. Los artistas de moda atraen a multitudes que se congregan y siguen al pie de la letra los movimientos o la vestimenta que aquellos tienen y se congregan con un fervor como sólo lo hacían nuestros abuelos en las grandes festividades religiosas, y los chavos “se casan” o mejor “se cazan” porque ella tiene un cuerpo escultural, unas tetas fantásticas o él una complexión atlética y como hicieron “buena química” se lanzan al vacío aunque detrás de aquellas máscaras no haya sino desilusión y fracaso.

Mis hermanos, las tentaciones están ahí a la vuelta de la esquina, no tienen porque atemorizarnos, cada una de ellas, lejos de meternos miedo, serán una ocasión inmejorable de decirle al Señor Jesús que él es único, y que su Espíritu que ha depositado en nosotros, hará de nosotros esos cristianos de primera que el mundo necesita hoy, cristianos luchones, templados, aguerridos que hagan mejor este mundo, más habitable más humano, más del corazón de ese Cristo que se abrazó a la cruz que lo llevaba no al fracaso, sino a la meta, a la cumbre, a su propia Resurrección.

Si mi mensaje ha sido de tu agrado, por favor retransmítelo a tus amigos. Te lo pide el P. Alberto Ramírez Mozqueda, que está en alberami@prodigy.net.mx